
Problema Irresoluble

Vicente Riva Palacio

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 5429

Título: Problema Irresoluble

Autor: Vicente Riva Palacio

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 29 de octubre de 2020

Fecha de modificación: 29 de octubre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Problema Irresoluble

Juanita no sabe servir, pero es muy lista y aprenderá pronto. Blanca estará muy contenta con su doncella galleguita, porque dentro de dos meses le será muy útil, pero es preciso desasnarla. Queda cumplido su encargo, y yo me repito su seguro servidor y capellán, que besa su mano,
Blas Padilla

Así terminaba la carta de recomendación con que Juanita había llegado a la casa de Emilio. Porque Emilio encargó una chica a Galicia para que sirviera de doncella a su mujer.

Emilio y Blanca estaban en la luna de miel, y a Blanca, como a todas las recién casadas, le sobraban muchas horas del día, y era para ella una diversión enseñar a Juanita y estudiar la sorpresa que le causaban todos los refinamientos de la civilización.

Apenas podía la chica comprender que algunas veces llegara un hombre a arreglar las uñas de las manos a su señorita, ni que todos los días viniera una mujer expresamente a peinarla; pero lo que más le asombraba era el teléfono, y al tercer o cuarto día de estar en la casa la sorprendió Blanca en el aparato, teniendo una trompetilla en la oreja y hablándose a sí misma con la otra.

Pero rápidamente, con esa educabilidad y esa aptitud de asimilación que tan en alto grado poseen las mujeres, Juanita vestía como las criadas de Madrid; hablaba a su señorita en tercera persona; cantaba todo lo que oía tocar en los organillos y lucía, como una pulsera de oro, una cinta negra con que se oprimen la muñeca de la mano derecha las chicas

que por planchar mucho sufren en esa parte del brazo.

Juanita había dejado en su pueblo un novio; un novio a quien quería de todo corazón, como quieren los que no tienen otra cosa con qué ocupar su cerebro, y el novio Nicolás había prometido escribirle. Juanita esperaba con impaciencia aquella carta; pero, por su desgracia, la chica no sabía leer y vacilaba entre el placer de recibirla y el disgusto de tenerla entre las manos, anhelando por conocer el contenido, de modo que unas veces deseaba la llegada de la carta y otras tenía miedo de recibirla.

Por fin, una tarde la señorita le dijo:

—Juanita, aquí tienes una carta de tu pueblo.

Y Juanita se puso tan encendida de vergüenza, que Blanca comprendió en el acto que era de un novio y no de la familia; pero no quiso decirle nada.

Toda la tarde y toda la noche estuvo la chica desesperada; miraba la carta, le daba vueltas, intentaba abrirla y en seguida se arrepentía. ¿Qué le diría Colás? ¿La quería mucho? ¿Le daba alguna mala noticia?

Aquello le preocupaba de tal manera que apenas pudo dormir. Bien podía, y así lo comprendió, darle la carta a alguna persona que se la leyese. Pero ella no tenía confianza más que con la cocinera, y la cocinera no sabía leer.

A la mañana siguiente, Blanca le dijo:

—¿Qué te dicen de tu casa? ¿Están buenos?

Juanita no sabía mentir todavía, y como aquella pregunta la sorprendió, contestó sencillamente:

—No he leído la carta.

—¡Qué! ¿No sabes leer?

—No, señorita.

—¿Por qué no te la ha leído alguna de las otras criadas?

—Porque me da vergüenza.

—¿Quieres que yo te la lea?

—¡Ay!, isí! Pero ¿cómo se va a enterar la señorita de lo que me dicen?

—Te ofrezco que no me entero —dijo riéndose Blanca.

—Pero ¿cómo no se ha de enterar la señorita? Cuando oiga yo lo que dice, también lo oirá la señorita.

—Pues chica, eso no tiene remedio.

—Sí tiene; pero me da miedo decírselo a la señorita, no se vaya a enojar conmigo.

—No me enojo. Dímelo.

—La verdad, no; no lo digo.

—Mira, te lo mando yo.

—Pues lo diré. Si la señorita fuera tan buena de leerme la carta, para que la señorita no la oyera le taparía yo las orejas.

Blanca se echó a reír con tanta franqueza y tanta alegría, que Juanita estaba azorada; pero después de haberse desahogado riéndose a toda su satisfacción, dijo Blanca:

—Muy bien. Haremos lo que tú dices; dame la carta; colócate detrás de la butaca y tápame los oídos.

Juanita entregó la carta. Tapó con sus dos manos los oídos de Blanca, y con una fisonomía de infantil atención, como un pájaro que oye tocar un violín o una flauta, escuchó la

lectura, interrumpida a cada momento por las alegres carcajadas de la lectora.

Colás la seguía queriendo: se acordaba mucho de ella, sobre todo cada vez que miraba salir a la vaca o a la burra que ella tenía costumbre de sacar al campo; le encargaba que no le olvidara; que procurara ahorrar algunos cuartos para ayuda del casamiento, y, sobre todo, que no dejara de contestarle.

Terminó la lectura de la carta: doblóla Blanca, y como ya Juanita le había tapado los oídos, preguntó fingiendo la más profunda ignorancia:

—¿Oíste bien?

—Sí, señorita

—¿Y qué te dicen? ¿Están buenos?

—Están bien todos; pero me encargan que conteste.

—¿Y cómo vas a contestar si no sabes escribir?

—Pues yo no sé que haga.

—Óyeme: si quieres yo escribiré; pero has de pensar un modo de que yo no me entere de lo que escribo.

—¿Y cómo será eso?

—Pues así; como inventaste la manera de oír leer la carta sin que yo la oyera; y te prometo que haré lo que tú me digas.

—¡Qué buena es la señorita! Pues voy a pensarlo —y salió de allí contentísima, dando vueltas en la memoria a las palabras de Colás.

Muchos días pasaron y mucho caviló la pobre chica; pero no ha llegado a descubrir el modo de que la señorita pueda escribirle a Colás sin enterarse de lo que ella le diga.

Vicente Riva Palacio



Vicente Florencio Carlos Riva Palacio Guerrero (Ciudad de México; 16 de octubre de 1832 - Madrid, España; 22 de noviembre de 1896) fue un político, militar, jurista y escritor mexicano.

Periodista exitoso con una señalada y personal actitud crítica y satírica; misma que quedara marcada en periódicos como La Orquesta y El Ahuizote; Riva Palacio participa como un

activo literato mexicano en los tiempos de entre guerras.

El género que más le sonrío siempre en popularidad es la novela. Realiza la mayoría de su obra novelesca entre 1868 y 1870. Tuvo a su disposición la mayoría de los archivos de la Santa Inquisición, lo que le brinda una grandísima cantidad de información que plasma en sus novelas de tema colonial. Sólo una de sus novelas (Calvario y Tabor) es de toque militar.

Junto con Juan A. Mateos coescribe zarzuelas y sketches teatrales satirizando la política mexicana. En 1870, junto con Juan A. Mateos, Rafael Martínez de la Torre y Manuel Payno publica El libro rojo, un breviario de la violencia dentro de la historia nacional mexicana. Junto con Juan de Dios Peza narra leyendas en verso en Tradiciones y leyendas mexicanas (1917) y crean a la imaginaria poetisa romántica Rosa Espino para publicar Flores del alma (1888), junto con el editor Santiago Ballezá, la obra México a través de los siglos, trabajo enciclopédico; encargándose él mismo de escribir el segundo tomo, dedicado a la Colonia. En su obra Los Ceros critica y polemiza a la clase política mexicana, lo que lo identifica como un personaje virulento para el régimen porfirista. Cuentos del General (que apareciera póstumamente en Madrid en el año de su muerte), es una colección de veintiséis relatos que presentan características comunes: brevedad en el título, la acción y la descripción de los personajes. Por su obra literaria, fue designado miembro correspondiente de la Real Academia Española.